presa. Al volver a entrar en la cárcel, le entró una calentura violenta y perdió el sentimiento de su desgracia.

Cuando despertó de aquel largo sueño de su inteligencia, le separaban muchas semanas del dia de su condenacion. Estaba en la bahia Weymouth, en el hulk [ponton] *Cumberland*, prision flotante destinada a los deportados que deben embarcarse en breve para Australia.

IX.

LOS PONTONES.

Fergus O'Breane ocupaba uno de los catres estrechos é inclinados de una galeria baja, en la cual habia otros muchos como el suyo. De distancia en distancia se escalonaban algunos centinelas, en trage de marineros, que tenian un cuchillo desnudo en la mano.

El catre de Fergus estaba colocado cerca de una tronera, y de espaldas a la luz, de modo que en su primer momento de razon, no pudo distinguir el punto donde se hallaba.

La primera figura que percibió a su cabecera le hizo dudar de la realidad de todo lo que veía. Era la del odioso mendicante cuyo falso testimonio habia determinado su condenacion. Fergus ocultó su cara entre sus manos para alejar aquella aparicion de triste agüero, y trató de reunir sus recuerdos. Pero estos se mezclaban confusamente, y su memoria se llenaba de espesas nubes. Tenia la vaga conciencia de una desgracia, y no hubiera sabido definir la especie ó estension de esta desgracia.

—¡No sé!.... ¡no sé!.... murmuró con trabajo. Tal vez he perdido la razon.

—Nada de eso, señorito, respondió la voz de Bob, que hizo estremecer al enfermo bajo su ordinaria manta de lana gris; no habeis tenido mas que un poco de calentura, con una cosa como un poco de delirio, por espacio de un mes a seis semanas.... y nada mas.

Al volver Fergus a abrir los ojos, no pudo reprimir un movimiento de repugnancia, viendo sonreirse a algunas pulgadas de la suya, la asquerosa cara de Bob Lantern.

Bob tenia ya a la sazon escelentes disposiciones para ser un dia filósofo, y así aunque vió el movimiento y lo comprendió, no se enfadó lo mas mínimo.

—Ya lo veo, prosiguió, gallardo jóven; mi figura irrita vuestros nervios de resultas de la historia de Old-Court...

—¡Old-Court! repitió maquinalmente Fergus.

Y habiéndose iluminado súbitamente su memoria, añadió con una pronta violencia:

—Eres tú, ¡miserable!.... Sí, ¡me acuerdo!

Acto continuo quiso precipitarse de la cama; pero Bob, que se habia levantado con gran calma, le contuvo fácilmente.

—¡Quieto, quieto! dijo, gallardo jóven, quieto; quince dias hace que soy vuestro enfermero, y Dios sabe lo bien que observo las órdenes del jóven doctor Moore, ayudante cirujano del ponton.

—¡Cómo, estamos en un ponton! esclamó Fergus.

—En el mejor ponton de la bahía....El *Cumberland*, que fué desarbolado en la Hogue.... ¡Ah! el señor Moore sabe la historia del *Cumberland*.... ¡y es un mozo que promete! Os decia, jóven gallardo que por mis trabajos y cuidados he merecido el perdon de una corta tontería.... ¡Bien, bien, O'Breane! sé que vais a gritar....

Pero escuchadme antes. ¡Era tan caro aquel Londres! El hijo del lord habia mandado que me diesen una libra.

—Y por una libra, desgraciado!....

—Bien trabajé para que me diesen mas; pero Gilberto Paterson es un astuto compadre .... Ademas, yo no mentia mucho, pues habia conocido en San Gil al bueno de Cristiano O'Breane.... y a la santa mistress O'Breane.... y a la pequeña Betsy.... y a vos tambien, señor mio.... Muchas veces me dísteis los unos ó los otros una limosna cuando pasaba por epiléptico en Baimbridge-Street. ¡Ah, ah! apostaria a que os acordais del epiléptico.... Es un hermoso oficio, a veces, señor O'Breane.

Bob se interrumpió bruscamente y continuó con acento lastimoso:

—Pero bien duro en el invierno, cuando hiela tanto; mas ¿a qué no obliga el pan de cada dia?

Tan débil estaba Fergus, que su reciente cólera habia bastado para postrarle enteramente; y así no escuchaba a Bob, cuyas palabras llegaban a sus oidos como un murmullo confuso. Advirtiólo este, y tomando su brazo le apretó un tanto para llamar su atencion.

—Amiguito, prosiguió, escuchadme bien. Cuando nada me cuesta hacer bien al prójimo, me complazco siempre en servirle.... ademas, ya he recibido vuestra recompensa, como veréis cuando tengais fuerza para contar vuestro bolsillo....He aquí de qué se trata. Vos estais aquí en el *Cumberland*, a dos leguas de la costa y dentro de algunos dias os embarcarán en el *Bay-ship* (*) El que allí entra raramente sale.... pero miéntras estamos en la bahía, siempre hay medio.... ¿Me escuchais?

(*) Navío que trasporta los condenados á la Nueva Gales del Sud.

Fergus hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

En aquel momento oyóse un ruido de pasos a través del techo.

—Ya vuelven! continuó Bob. Teniendo que marchar, vamos al caso.... Vuestros compañeros de cuarto quieren volver a ver a su pais, y tambien pasar el mar.... Han hecho por lo tanto un agujero detras de vuestro catre.... Si no deseais lo que ellos, de fijo les estorbaréis, y a quien les estorba....

Bob terminò su frase con una pantomima sumamente espresiva.

Para evitar todo disgusto de este género, el mejor medio es pasar por un iniciado.... no es dificil.... aquí no nos conocemos unos a otros.... En cuanto vean habeis recobrado vuestra razon, os dirán, acordaos bien de esto: *Gentleman of the night!*.... para ver si sois de los buenos.... contestad al momento: *Son of the Family*, y descansad luego a pierna suelta.

La escala que comunicaba del entrepuente al puente comenzó en efecto a oscilar bajo el peso de varios condenados que bajaban por la escotilla.

Los centinelas, que miéntras estaban ausentes los condenados, se habian reunido y charlaban pacíficamente, corrieron a sus respectivos puestos. El marinero que se colocó mas inmediato al catre de Fergus era un moceton enorme, por lo ménos en cuanto a lo largo, cuyos brazos y piernas, huesosos y flacos, no cubrian enteramente ni sus pantalones ni su chaqueta. Tenia cara brutal, y en todas sus facciones manifestaba lo poco ó nada que se fatigaba su ingenio.

La noche comenzaba. Despues de haber leido algunas oraciones a los condenados, una especie de ministro que apagò su pipa para dicho acto, doblaron estos con todo cuicado sus chaquetas, acostándose en seguida en el mas profundo silencio. Al cabo de algunos minutos fué a hacer su ronda el capitan acompañado de un oficial y un cirujano.

—El cirujano era M. Moore, jóven *physician* que daba grandes esperanzas. Cual lo hemos visto veinte años despues, tal era entónces. Solo que su frente desaparecia casi bajo una abundante cabellera, lo que ensanchaba la parte superior de su cabeza quitándole un poco de su cara de "pera" estrecha de arriba y ancha de abajo, que tanto afeó luego la regularidad inteligente de sus facciones.

La ronda paró en el catre de Fergus, y mister Moore le tomó el pulso.

—¿No ha hablado? preguntó a Bob.

—¿Que si no hablado, Vuestro Honor? respondió este con un aire inocente; sí señor; de toda especie de cosas.... de bonitas muchachas, de patatas con ale....

—El delirio.... murmuró el capitan.

Moore llamó por una señal al coloso con pantalones y chaqueta corta, que tomó en seguida una posicion militar, y fué hácia èl, tendiendo su pierna ética y midiendo matemáticamente su paso.

—¿Habeis oido hablar a ese hombre? preguntóle Moore.

—¿A ese hombre? ¡rayo! respondió el buen Paddy O' Chrane que estaba entónces en toda la flor de su juventud; si escucho lo que pueden decir esos facinerosos, esos pobres diablos, que una centella me abrase.

—Este hombre ha hablado razonablemente, dijo Moore. La crisis de esta mañana le ha salvado.

—¡Tanto mejor! dijo el capitan. Así tendremos uno mas.

Debemos observar que la ley inglesa, que deja morir

de hambre al honrado obrero, tiene entrañas de madre para con los criminales. El cirujano que fuese a reclamar una prima cualquiera por haber salvado a un tejedor de seda de Spitael Fields ó a un lightesman de los docks de Londres, se espondria indudablemente a que le tratasen de insensato; pero si cura a un ladron famoso condenado a la deportacion, la cosa es muy diferente. Entonces hay prima para el comandante del ponton.

Esto nos esplica la alegre esclamacion del capitan.

El oficial que acompañaba al comandante habia pasado revista hasta entonces con un baston de hierro a las paredes del ponton entre cada catre. No lo hizo así con la parte inmediata al lecho de Fergus, pues Mister Moore, que se colocò desde luego a la cabecera, la ocultaba enteramente, y así se marchó la ronda, sin que el oficial tocase la madera del ponton en aquel sitio, bien sea por no molestar al doctor, bien porque el estado de Fergus desechaba toda idea de una tentativa de evasion por aquella parte.

Oyóse resonar el baston periódicamente, y por último subió la ronda al puente.

Bob se habia marchado a acostarse, despues de recibir las cordiales maldiciones del marinero Paddy. Un enfermero vino a traer a Fergus un brevage ordenado por Moore. En cuanto marchó quedó el entrepuente en el mayor silencio.

Esto duró como una media hora. El vasto dormitorio estaba iluminado por algunas lámparas suspendidas en el piso superior, de modo que no podian verse los objetos sino vaga y confusamente.

Los centinelas, que eran cuatro, se paseaban lentamente en el radio de que estaban encargados.

Fergus no dormia, pero la bebida que acababa de tomar entorpecia hasta cierto punto su inteligencia y su cuerpo. Descansaba, conservando al propio tiempo es conocimiento de lo que pasaba en su torno. Pasados unos veinte minutos, oyò un imperceptible choque de hierros bajo la manta de la cama de su vecino de derecha, el cual era un hombre vigoroso, con cara resuelta, como Fergus pudo ver cuando los condenados llegaron al entrepuente. Aquel ruido no tenia nada de estraordinario en un lugar donde mas de cincuenta cautivos dormian con los hierros en los piés y en las manos; mas no hirió solo los oidos de Fergus, pues el colosal marinero Paddy gritò con humor:

—Jack, hijo de Satanás, triste zupia de Newgate, amigo mio, veame yo condenado si no sois el mas bullicioso pillastron que yo conozco.... Y yo conozco muchos pillastrones, ¡y castígueme Dios!.... Escúchame, pilluelo abyecto, ¡eterna condenacion! ¡qué demonio!.... Si no acabais, se os darán veinticinco latigazos.... Ni mas ni ménos, Jack, ó véame yo ahorcado como os vereis vos algun dia, compañero.

Paddy O'Chrane habia pronunciado estas palabras en voz alta. Miéntras hablaba, se aumentaba el ruido de los hierros, en vez de disminuir. A tal punto se aumentó, que hubiera podido creerse que la arenga del magro centinela no tenia mas objeto que cubrir aquel mismo ruido.

Sus últimas palabras las apoyò con un gesto que podia muy bien ser una amenaza; pero que tuvo por resultado lanzar al catre de Jack un objeto que centelleó a los resplandores intermitentes de las lámparas; objeto que cogió Jack al instante, resbalándose con él hasta el suelo: sus hierros quedaron bajo su manta.

Adelantóse a gatas hasta el catre de Fergus, y Paddy continuó su paseo.